

## CAPITULO IV

### **Acción política de los católicos alemanes frente al Kulturkampf.**

I. Actitud de los católicos alemanes ante la persecución religiosa, y resultados de sus esfuerzos.—II. Actitud del episcopado y del clero alemán.—III. Bismarck se bate en retirada.—IV. Restablecimiento de las dotaciones eclesiásticas y restitución de las confiscadas.—V. Esfuerzos de los católicos alemanes para conseguir la abolición de las leyes de persecución á la escuela católica.—VI. Sus trabajos para lograr la vuelta á Alemania de todas las Congregaciones religiosas.—VII. Hechos recientes que demuestran la consideración á que los católicos alemanes se han hecho acreedores en el imperio.—VIII. Escisiones en el Centro católico y resultado de las mismas.—IX. ¿Podemos pensar en España en la formación de un partido católico idéntico al alemán? ¿Hasta dónde podemos y debemos llegar en este sentido en las presentes circunstancias?—X. Diferente situación de los católicos en Alemania y en España.

#### I

Frente á la lucha que contra los católicos alemanes inauguraba el príncipe de Bismarck, la actitud de aquéllos no fué la de los católicos españoles; nada de inercias ni de lamentaciones inútiles, nada de luchas ni antagonismos intestinos, nada de egoísmos personales; los sagrados intereses de la Religión Católica estaban amenazados, el enemigo premeditaba y ponía en práctica sus

luchó con un empeño y una habilidad extraordinarias. Tenía frente á sí á un enemigo poderoso, más temible entonces, porque fingía propósitos de paz que el Centro rechazaba, y en la corte pontificia no habían dejado de surtir algún efecto, que redundaba en perjuicio del Centro, las habilidades diplomáticas del canciller, efecto que Windthorst se veía precisado á desvanecer; pero todas esas dificultades las salvó, gracias á su talento y á su sagacidad extraordinarios, quedando de manifiesto cuáles eran los verdaderos propósitos de Bismarck. Desde entonces el Centro católico alemán fué fortaleza inexpugnable y formó en el Reichstag la mayor y la más influyente de sus agrupaciones; impone con frecuencia su voluntad á las demás, y sus enemigos, y hasta el emperador mismo, tienen que contar con él con frecuencia y, de grado ó por fuerza, hacerle preciosas concesiones.

La presencia en Roma de Mr. Schloezer, que era el representante que Bismarck había designado cerca de la corte pontificia, inauguró una nueva fase en las negociaciones <sup>1</sup>, durante las cuales el canciller manifestó empeño decidido por que el Santo Padre hiciera concesiones que ni él podía autorizar ni los católicos alemanes las querían; preferían aquellos católicos soportar la persecución y las vejaciones á que las llamadas leyes de

<sup>1</sup> El desarrollo y término de estas negociaciones diplomáticas puede estudiarse en la obra antes citada del conde Edouard Lefebvre, *León XIII et le prince de Bismarck*, París, 1898.

El autor ocupó el cargo de secretario de primera clase de la embajada francesa en Roma desde 1869 hasta 1872, y el de embajador cerca de la Santa Sede desde 1882 hasta 1896.

Mayo los sometían, á dar su consentimiento á componendas humillantes y contrarias al espíritu de la Iglesia.

Ya la corte de Berlín accedía, aunque lenta y cautelosamente, á la modificación de las leyes de Mayo, cuyo espíritu formaba el canciller empeño en conservar en la legislación, aunque dando al Gobierno facultad para mitigar su rigor, con lo cual quedaba la Iglesia en Alemania á merced del capricho de una burocracia que le era hostil, si quiera consideraciones políticas del momento la hicieran aparecer como respetuosa y hasta deferente con la Santa Sede, y bien claramente se traslucían esos sentimientos de hostilidad en el mismo príncipe de Bismarck, cuando, á pesar de que manifestaba exteriormente deseos de restablecer en el imperio la paz religiosa, decía después de la visita hecha por el príncipe imperial á León XIII en Roma á la vuelta de su viaje á Madrid en 1883, que una paz oficial entre el Estado y la Iglesia era imposible; que era necesario tener á los sacerdotes bajo la dependencia del Estado para tratarlos, según las circunstancias, duramente ó con benevolencia, y que era preciso conservar las armas que para esto proporcionaban las leyes de Mayo.

Durante estas negociaciones, seguidas en Roma por el secretario de Su Santidad, cardenal Jacobini, y Mr. Schloezer, éste, en representación de Prusia, exigía constantemente, como condiciones precisas de todo arreglo, á cambio de una atenuación, más que derogación, de las leyes de Mayo, cuyo espíritu se trataba de conservar en la legislación, el que se siguiera encomendando al Estado

la formación del clero—cosa en la que el Santo Padre no accedió jamás á dar su consentimiento,— que el Estado tuviese una intervención casi exclusiva en la designación de las personas que habían de ocupar los puestos eclesiásticos y las diócesis vacantes, y en este punto se concretaban principalmente las exigencias de la corte de Berlín á desposeer de sus diócesis de Colonia y Posen, respectivamente, á Mons. Melchers, de quien ya hemos hablado, y á Mons. Ledochowski <sup>1</sup>.

La actitud resuelta de Su Santidad y del Centro católico hizo que poco á poco se fueran venciendo las resistencias del canciller, y en el término de esas negociaciones se puso muchas veces de manifiesto hasta qué punto era para los enemigos del Pontificado molesta la entereza del Centro católico.

La prensa oficiosa en Alemania—dice el conde

---

<sup>1</sup> Ambos fueron promovidos al cardenalato por Su Santidad León XIII. Mons. Ledochowski, como Mons. Melchers, se vió precisado á huir de su diócesis é ir á buscar asilo en país extranjero por la persecución especial de que fué objeto durante el Kulturkampf, después de haber pasado algunos años en prisión por violador de las leyes de Mayo. Pío IX le dió asilo en el Vaticano; y como el príncipe de Bismarck le perseguía con encarnizamiento, los tribunales prusianos pidieron al Gobierno italiano su extradición, por lo cual se vió el Cardenal precisado á no salir del Palacio pontificio.

Su Santidad León XIII no accedió á las exigencias del Gabinete de Berlín de que sustituyese al cardenal Ledochowski, en la diócesis de Posen, por un obispo del agrado del canciller, ni á alejarle de su lado, y solamente, cuando se le dieron para ello suficientes garantías, consintió en que fijara su residencia fuera del Vaticano, nombrándole secretario de la Congregación de Ritos. Renunció entonces su diócesis, á cuya provisión el Gobierno de Berlín opuso muchas dificultades.

Edouard Lefebvre <sup>1</sup>— no cesaba de señalar la actitud, invariablemente resuelta, de la fracción del Centro en el Reichstag y en la Cámara de los diputados de Prusia como el único verdadero obstáculo para la reconciliación entre el Vaticano y Berlín. Los verdaderos intereses de la Religión estaban—según decían los defensores de la política del príncipe de Bismarck—sacrificados á los rencores de Windthorst y de sus amigos. No era este, sin embargo, el sentimiento dominante en el Palacio Apostólico. Allí se comprendía que, sin la firmeza del Centro, la Iglesia hubiera estado en Alemania en una situación infinitamente más peligrosa que en cualquiera otra parte; los ataques de que la causa católica hubiera podido ser objeto en otros países, no hubieran podido ser tan violentos como lo hubieran sido en aquellos en que las leyes de Mayo eran el código más terrible.

El canciller, por su parte, se esforzaba en separar á los electores católicos de los diputados del Centro, sin lograr nunca este resultado, y Schloetzer no cesaba en su empeño de desacreditar y hacer sospechoso á Windthorst ante la corte pontificia.

Las negociaciones diplomáticas habían quedado por algún tiempo paralizadas, cuando he aquí que un acontecimiento importante dió ocasión al príncipe de Bismarck para acercarse más á la persona y á las pretensiones del Romano Pontífice.

Súpose en España, en el mes de Septiembre de 1885, con sorpresa, que se tradujo en estallidos

---

<sup>1</sup> Obra citada, pág. 114.

de indignación, que la bandera alemana había sido izada en las islas Carolinas, sobre las que ninguna nación había hasta entonces disputado la soberanía de la nuestra. España entera se conmovió ante lo que creía inaudito despojo, y el pueblo llegó á acometer con furia el edificio de la embajada alemana en Madrid, arrancó el escudo imperial de su fachada y le hizo rodar en mil pedazos, y Europa entera fijó su mirada en las dos naciones entre las que todo hacía suponer que se avecinaba un conflicto armado, cuyas consecuencias para el equilibrio europeo era difícil prever; y, cuando nadie podía sospecharlo, el príncipe de Bismarck propuso someter la resolución del conflicto á la mediación del Sumo Pontífice <sup>1</sup>, mediación que aceptó el Gobierno español y que produjo el resultado de terminar pacíficamente una cuestión que de otro modo hubiera dado quizá lugar á luchas sangrientas.

El 31 de Diciembre de 1885, resuelto ya el conflicto entre España y Alemania, el Santo Padre dirigía al canciller una carta expresándole su reconocimiento por haber puesto en sus manos la resolución de un asunto de tanta trascendencia, y en ella le decía: «A fin de que poseáis desde ahora un testimonio de Nuestros sentimientos, Nós os nombramos caballero de la Orden de Cristo, cuyas insignias se os remitirán con esta carta.»

Y á esta carta contestó el canciller en 31 de

---

<sup>1</sup> De este modo el príncipe de Bismarck, con disgusto del Gobierno italiano, reconocía la cualidad de soberano en el Romano Pontífice.

Enero siguiente con otra, en la que daba á Su Santidad, como á soberano, el tratamiento de *Señor*.

El 21 de Mayo de 1886 el rey de Prusia decretó una ley en 15 artículos, por la que se abrogaban algunas disposiciones de las leyes anteriores, permitiendo la creación de seminarios especiales para la formación del clero, suprimiendo la inspección del Estado sobre esos establecimientos y sobre la instrucción de los seminaristas, disponiendo que la celebración de misas rezadas y la administración de los últimos sacramentos no caería bajo las disposiciones penales de las leyes de 11 y 12 de Mayo de 1873, 21 de Mayo de 1874 y 22 de Abril de 1875, y concediendo en fin, alguna mayor amplitud, aunque en este punto con sobrada parsimonia, á determinadas Órdenes religiosas dedicadas á la asistencia de pobres, de enfermos ó de obreros.

Desde entonces las relaciones entre la Iglesia y el imperio alemán se fueron dulcificando, y era manifiesta la tendencia á acabar con los vestigios que aún quedaban del Kulturkampf. La nueva ley de 30 de Abril de 1887 sobre el ejercicio de las funciones eclesiásticas, dulcificaba aún más esas relaciones, y en la alocución que Su Santidad dirigió al Consistorio en 23 de Mayo del mismo año manifestaba el venerable anciano que se había puesto fin en Alemania al violento conflicto que había afligido á la Iglesia sin provecho del Estado, siquiera los católicos siguieran deseando con razón otras justas concesiones, en cuyo logro era preciso tener esperanza. «Nós sabíamos—de-

cía el Santo Padre -- que eran sincera y resueltamente favorables á nuestra obra, no solamente los obispos, sino los miembros católicos del Parlamento, esos hombres tan constantes en defender la mejor de las causas, de cuyo celo y unión la Iglesia ha recogido ya tan numerosos frutos, y de los que se esperan otros para el porvenir.»

Y, en efecto, aún se dieron más adelante algunos pasos por el camino de la paz religiosa. La ley de 8 de Febrero de 1890 dispuso que los estudiantes de teología de los seminarios católicos no serían en tiempo de paz llamados al servicio militar antes del 1.º de Abril del séptimo año de su obligación al mismo servicio; y que si en esta época hubieran recibido las órdenes del subdiacónado, pasarían á la reserva y quedarían dispensados de los ejercicios periódicos. Y aunque ya se ha visto que la ley de 4 de Mayo de 1874, que prohibía á los sacerdotes el ejercicio de su sagrado ministerio, había sido modificada, aún no se había dictado una resolución que la derogase por completo. El Reichstag había votado varias veces esta derogación, pero el Consejo federal había rehusado siempre acordarla, hasta que Windthorst presentó el 23 de Octubre de 1880 un proyecto de ley de derogación completa de la de 4 de Mayo, que fué adoptado por todas las fracciones de la Cámara, votado en 18 de Enero de 1890 y sancionado, al fin, como ley por el Consejo federal. Esta ley, que lleva la fecha de 6 de Mayo de 1890, deroga en términos absolutos la de 1874 y suprime las facultades concedidas por la misma á las autoridades centrales y de policía que estaban por ella facul-

tadas para expulsar del lugar de su residencia, y aun del territorio del imperio, á los eclesiásticos que persistiesen en el desempeño de las funciones de su ministerio <sup>1</sup>.

El régimen de persecución á la Iglesia Católica duró cerca de quince años; durante los cuatro primeros esta persecución fué constantemente en aumento, los cuatro siguientes permaneció *in statu quo*, y en los siete últimos fué en progresivo descenso.

#### IV

Poco á poco se habían ido restableciendo en todo el imperio las suprimidas dotaciones eclesiásticas, y en 1886 se restablecieron también en la única diócesis en que ya no se había hecho, que era en la de Posen-Guesen; pero la ley del *Sperrgesetz*, de que hemos hablado en el capítulo II, que las había suprimido, disponía que de esas dotaciones confis-

<sup>1</sup> Durante los años 1874 y 1875 se había concedido á los pastores protestantes la presidencia del consejo de fábrica de sus parroquias, mientras que por odio al Catolicismo se había negado este derecho á los párrocos católicos. La ley de 21 de Mayo de 1886 otorgó á los curas católicos esta presidencia, pero no en todos los territorios del imperio, y las quejas constantes de los católicos han hecho que disposiciones posteriores hayan borrado esa desigualdad, aunque siempre inspirándose en un espíritu de recelo, resto del Kulturkampf. En el Gran Ducado de Baden una ley de 14 de Julio de 1894 derogó las de proscripción de las Órdenes religiosas que allí regían, y autorizó á que todas ellas pudiesen en adelante ejercer su ministerio sin incurrir en pena alguna; y muchas otras disposiciones podrían citarse, que servirían para corroborar la tendencia que hacia la paz religiosa existía en aquella época en los distintos territorios del imperio.

planes de destrucción contra el Catolicismo, hería de muerte á los pastores, creyendo así diseminar el rebaño, y la muerte, y el hambre, y el destierro, y la astucia refinada, y las profanaciones más sacrílegas, todo se ponía al servicio de la causa del error. ¿Quién no hubiera pensado que viniendo aquel golpe de un Gobierno poderoso, de un Gobierno protestante, todo estaba perdido para los católicos alemanes? Sin embargo, ellos, puestos los ojos en Dios, que nunca á los suyos abandona, se prepararon para resistir y para luchar con denuedo por la causa de la verdad, aceptaron resignados, y hasta satisfechos, las pruebas terribles que se les imponían, y ni la persecución, ni el destierro, ni el hambre, ni las cárceles hicieron mella en sus valientes corazones. Pero no se contentaron con esos esfuerzos particulares y con padecer como mártires en el retiro de sus hogares, sino que se aprestaron á luchar como buenos soldados, poniendo el pecho á los tiros del enemigo.

En el campo político se fraguaba aquella conspiración formidable para destruir el Catolicismo en Alemania, y de él procedían las órdenes que oprimían á los católicos, y al campo político se lanzaron éstos unidos como un solo hombre, dispuestos á luchar en todos los terrenos bajo una dirección tan acertada y tan gloriosa como la de Windthorst, y así se formó y se robusteció el Centro católico alemán, que impuso su voz en el Parlamento, que llevó su acción católica al terreno social y que deshizo los planes del Canciller de Hierro, haciéndole retroceder arrepentido de su obra, pretendiendo hasta negar haber tenido parte

en la lucha contra los católicos cuando vió que el Centro era inexpugnable, y entonces hasta dió á León XIII el tratamiento de soberano y le pidió ser condecorado con la Orden de Cristo <sup>1</sup>.

No atacamos al Estado ni á la Constitución, defendemos los derechos de la Iglesia, decía Mallinckrodt; y, en efecto, los católicos alemanes no lucharon por el entronamiento de un rey, ni por el deseo de mando, ni por los intereses de fracciones políticas, ni por satisfacer ambiciones personales; lucharon por la fe, lucharon por la patria; y cuando por tan santas causas se lucha con desinterés, la victoria es gloriosa y es glorioso el vencimiento.

Cuando en el Reichstag se discutió la ley que se conoció con el nombre de Kanzel paragraph, á la que nos hemos referido en el cap. II, los diputados católicos del Centro, Mallinckrodt, Ketteler y Reichensperger, hicieron esfuerzos inauditos para impedir su aprobación, aunque todos esos esfuerzos resultaron estériles, y entonces fué cuando Windthorst logró su primer triunfo parlamentario, consiguiendo que aquella ley cruel se dulcificase algún tanto.

Después, siempre que en el Reichstag prusiano se presentaba un proyecto de ley hostil á los católicos, ó cuando los intereses de la causa religiosa lo exigían, los oradores del Centro no perdonaban sacrificio en defensa de su causa y hacían verdaderos prodigios de elocuencia. Muchas veces te-

<sup>1</sup> Al principio del Kulturkampf, Bismarck había dicho en la Cámara que nunca iría á Canosa, refiriéndose á la ida de Enrique IV al castillo de Canosa á implorar el perdón del Papa Gregorio VII.

nían que sucumbir bajo el peso de una mayoría obediente al canciller; otras lograban, tras esfuerzos supremos, alguna pequeña ventaja ó parar un golpe que se les venía encima, y constantemente tenían en jaque á sus enemigos y se hacían respetar, sosteniendo muy levantado el pabellón del Catolicismo en Alemania. Windthorst era en estas luchas el campeón más esforzado y más temido de la causa católica; frecuentemente, cuando en la Cámara tomaba la palabra, hacía á su adversario el príncipe de Bismarck revolverse nervioso en su asiento; él descubría con maravillosa intuición y ponía de manifiesto con gran elocuencia los planes perversos del canciller, sobre quien solía lanzar con frecuencia los dardos agudos de una sátira que manejaba con una oportunidad y un tino admirables; y tal fué bajo su acertada dirección a tenacidad que demostraron aquellos valientes católicos, que hicieron exclamar á Bismarck: «Hace muchos años que lucho contra el Centro, y ahí está, siempre inexpugnable como una fortaleza. Me siento fatigado, fatigado de muerte, en tanto que la pujanza del Centro es invencible»<sup>1</sup>.

A medida que la persecución arreciaba, iba siendo mayor el número de diputados con que el Centro contaba en la Cámara, y cada nueva elección llevaba consigo un aumento de diputados católicos. En 1871 eran 57 los que formaban parte del Parlamento; éste número llegó á 94 en 1874, á 95 en 1877, y á 103 en 1878, con lo que el Centro

<sup>1</sup> Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*; capítulo V.

llegó á ser la fracción más numerosa del Reichstag. Hoy figuran en él 100 diputados del Centro, á cuyo lado se encuentran, prestándoles su apoyo, 15 diputados de Polonia y 10 de la Alsacia-Lorena, y el Centro constituye la fracción más numerosa del Parlamento, y está en condiciones de decidir en una votación la victoria del lado que él se incline. En el Landtag prusiano son 100 los diputados del Centro, pero su importancia es menor, porque tienen frente á sí una mayoría compacta, y en el Landtag de Baviera forman la mayoría absoluta.

Este admirable resultado y este constante aumento de diputados del Centro era debido á que los católicos alemanes no hicieron lo que entre nosotros es tan frecuente que se haga, ó sea, despreciar los medios que las leyes en vigor ponen en nuestras manos para que, en lo que esté de nuestra parte, procuremos en el terreno político contribuir á que la causa de la verdad triunfe. En Alemania los católicos acudieron como un solo hombre á las urnas á depositar su voto en favor de los candidatos del Centro, y, hasta tal punto llegaron en su apoyo, que en 1889 se dió el espectáculo extraño de ser la proporción de los diputados católicos en el Parlamento superior á la de la población católica de Alemania, y que, á medida que aumentaba el número de diputados del Centro y éste adquiría cada vez mayor importancia, la mayoría, que, obediente á las más ligeras indicaciones del canciller, había votado aquellas leyes de persecución contra el Catolicismo, se deshacía y desorganizaba por momentos.

II

No era la menor causa, para que este admirable resultado se consiguiese, la actitud del episcopado y del clero alemán. Los obispos, por su parte, se habían manifestado en abierta y franca oposición contra las leyes de Mayo.

Hablando de Mallinckrodt dice Kannengieser 1: «Lo que apreciaba en más era la unión activa de los obispos. «Plazca á Dios — escribía el profesor »Tewes, de Graz, — que vuestro episcopado siga »las huellas del nuestro, porque entonces no tardará »en renacer el espíritu católico en Austria.» Al hablar así no hacía vanas promesas de cortesano, sino que estaba convencido de que los obispos debían ser el centro de acción de la resistencia católica, no cesando de reivindicar para ellos esta altísima misión. Había comprendido que la lucha no sería posible sin que los pastores alentaran á los fieles con sus palabras y ejemplos, y quería que su partido se agrupase estrechamente alrededor de los obispos, y de *todos* los obispos. Únicamente de esta condición esperaba la salud.

»Los obispos prusianos entraron fácilmente en este orden de ideas, no sabiendo uno qué admirar más en ellos, si su heroísmo en el martirio, ó su concordia en la lucha. Ellos fueron el foco de

1 *El despertar de un pueblo*, cap. II, párr. 11.º

donde brotaba la luz que iluminaba á Alemania, el centro de donde partían todos los hilos de la organización católica y hacia el cual convergían todas las buenas voluntades. Entre los obispos y los jefes del partido existía un cambio nunca interrumpido de ideas, una especie de endósmosis y exósmosis política y religiosa que mantenía el perfecto equilibrio entre la Iglesia docente y la Iglesia discente.

»Las asambleas periódicas fomentaban este acuerdo. Los obispos se reunían cada año en la antigua ciudad de Fulda, junto á la tumba de San Bonifacio, el apóstol de Alemania; allí deliberaban muchos días en el más profundo secreto y se debatían minuciosamente los grandes intereses de la Iglesia prusiana. Los prelados que llegaban á Fulda, no abundaban quizás en el mismo género de ideas; les era permitido exponer los puntos de vista particulares que se trataba de hacer triunfar; pero terminada la conferencia, todas las divergencias de opiniones habían desaparecido. El acuerdo era completo; el público ignoraba qué hubiera sido el objeto preferido de estos debates; únicamente sabía que los obispos habían deliberado y orado. Los pastores volvían á sus respectivas diócesis, y los acontecimientos probaban siempre que sus esfuerzos no habían sido infructuosos. De estas reuniones de Fulda, cuya tradición se ha perpetuado, ha salido el triunfo de la Iglesia de Alemania: con su ordinaria penetración, Mallinckrodt había comprendido que la fuerza de los católicos residía en la unión de los obispos y en su acción común.

»Sus enemigos lo adivinaban también, y por eso no es extraño que procuraran provocar en el episcopado, no diré una defección ó una felonía, sino la simple disidencia de un prelado, más débil ó menos perspicaz que los otros. El Gobierno lo hubiera dado todo por tener un prelado que se aislara de sus colegas, que desaprobara, aunque fuera indirectamente, la actitud de los demás, que predicara la moderación ó la sumisión cuando los otros luchaban. Hubiera sido esto la brecha abierta en la Iglesia de Alemania, y para practicar la abertura en el tronco no hubiera vacilado en introducir la materia explosiva de la discordia; los autores del Kulturkampf hubieran quedado dueños del campo de batalla.

»Gracias á Dios, este triste espectáculo no se ha dado á los católicos alemanes. «La mayor desgracia que puede caer sobre la Iglesia — me decía Windthorst, — es el nombramiento de obispos á quienes el miedo, la debilidad ó la ambición pueda hacer serviles. Prusia no ha conocido obispos semejantes en el momento de la persecución; puede afirmarse que todos han sido héroes, cuando no mártires.»

El clero, por su parte, seguía sin vacilaciones á sus pastores; unos y otros sufrían resignados la más cruel persecución; el hambre, el destierro, la prisión y toda clase de vejaciones estaban constantemente amenazándoles, mientras que ellos rechazaban con dignidad y admirable entereza los insidiosos halagos que, para hacerles caer en las redes que se les habían tendido, se les hacían; y el pueblo católico, capitaneado por tan valien-

tes adalides, se unía y trabajaba sin descanso, y acudía generoso á subvenir á las necesidades de los ministros de Dios que, por su entereza, habían sido reducidos por el Gobierno á la miseria.

### III

Con constancia y unión tan admirables, y con esfuerzos tan generosos y extraordinarios tan hábilmente dirigidos, la victoria tardaría más ó menos, pero, al fin, debía conseguirse, y se consiguió, en efecto. Al cabo de algunos años de persecución Bismarck comenzó á batirse en retirada; comprendió que su obra había fracasado, que los católicos tenían una virilidad y un empuje que él no había soñado siquiera, y que, por el camino de la violencia, la causa católica en Alemania adquiriría vitalidad y fuerza de día en día.

Los viejos católicos, á pesar de sus esfuerzos y del apoyo oficial con que contaban, no habían logrado establecer en el imperio una jerarquía eclesiástica; la población católica no había respondido á sus sugerencias, y permanecía fiel á sus prelados y sumisa á las enseñanzas del pontificado; en el Vaticano se creía que los católicos prusianos no podían prestar juramento á la Constitución modificada por las leyes de persecución á la Iglesia, sino reservando formalmente los derechos de ésta; y si el Gobierno no admitía esta reserva, el Papa entendía que los católicos debían rehusar, de la

manera más categórica, el juramento que se les pedía. Esta situación violenta no podía continuar, y el mismo Gobierno buscaba la manera de dulcificarla; pero él deseaba que las leyes de Mayo continuasen en vigor, y la primer exigencia de Roma era que esas leyes de persecución se derogasen.

Pocos días después de elevado León XIII á la alta dignidad pontificia <sup>1</sup> dirigió al emperador Guillermo, por conducto del Gobierno bávaro, la siguiente carta:

«Por los inexerutables designios del Señor, y sin ningún mérito por Nuestra parte, Nós hemos sido elevado á la Silla del Príncipe de los Apóstoles, y cumplimos el agradable deber de hacer conocer este hecho sin dilación á V. M. I. y R., que gobierna, bajo su cetro poderoso y glorioso, un tan gran número de fieles de Nuestra muy santa Religión.

»Afligido de no encontrar entre la Santa Sede y V. M. las relaciones que existían, felizmente, no há mucho, Nós hacemos un llamamiento á la magnanimidad de vuestro corazón, para obtener que la paz y la tranquilidad de las conciencias sean devueltas á esa parte considerable de vuestros súbditos. Y los súbditos católicos de V. M. no dejarán, como la misma fe que profesan les prescribe, de mostrarse de corazón adictos, deferentes y fieles á V. M.

»Plenamente convencido de la justicia de V. M.,

<sup>1</sup> Su Santidad el Papa León XIII fué elegido para ocupar la Cátedra de San Pedro el día 20 de Febrero de 1878.

Nós invocamos á Dios Nuestro Señor para que os confiera la plenitud de sus bienes celestiales, y Nós le suplicamos quiera unirnos á V. M. por los lazos de la más perfecta caridad cristiana.»

El 24 de Marzo el emperador Guillermo respondía al Soberano Pontífice, y en su carta se insertaba el siguiente párrafo:

«Presto gustoso á las palabras amistosas que Vos me habéis dirigido la esperanza de que estaréis dispuesto, con la poderosa influencia que la constitución de Vuestra Iglesia concede á Vuestra Santidad sobre todos los servidores de esa Iglesia, á obrar de suerte que, aquellos de estos servidores que hasta ahora lo han descuidado, siguiendo en adelante el ejemplo de la población cuya educación espiritual les está confiada, obedezcan á las leyes del país en que habitan» <sup>1</sup>.

Los términos de esta contestación no eran á propósito para hacer nacer esperanzas en la pacificación religiosa en el imperio. Manifestaban, por parte del emperador, el deseo de que los preladós y los católicos todos prestasen obediencia á las leyes de persecución á la Iglesia, leyes que el Pontífice había con energía condenado, y con las que no estaba dispuesto á transigir, y que, por no aceptarlas, obispos y sacerdotes habían arrojado con valor los rigores del hambre, las tristezas de la prisión y las molestias del destierro. Sin embargo, la carta del Santo Padre al emperador había dado lugar á que, en un terreno extraoficial, se entablaran negociaciones encaminadas á

<sup>1</sup> *Leon XIII et le prince de Bismarck*, cap. I, párr. 4.º

encontrar una fórmula de arreglo entre ambas potestades.

En el mes de Marzo de 1878, el conde Holnstein, personaje de gran influencia en la corte de Baviera, y de la intimidad de Bismarck, decía al nuncio de Su Santidad en aquel reino, Mons. Masella <sup>1</sup>, de quien antes estaba alejado: «Monseñor: nosotros debíamos reconciliarnos y unir nuestros esfuerzos contra el enemigo común, el socialismo.» Y en adelante mostró empeño con el nuncio en que éste fuese á tratar con el mismo Bismarck las cuestiones pendientes, y en convencerle de la conveniencia de que la corte pontificia se dirigiese directamente al canciller, asegurándole que en Berlín tendría una buena acogida.

El conde Holnstein y el príncipe de Bismarck daban al nuncio de Baviera, ya autorizado por la Santa Sede para entender en estas negociaciones, toda clase de facilidades para llegar á un pronto arreglo, siempre que estas cuestiones se tratasen sin la intervención de los miembros del Centro en el Reichstag, de alguno de los cuales, y especialmente de Windthorst, decían ambos sagaces políticos que no se servían del conflicto religioso más que para satisfacer sus pasiones particulares y su hostilidad contra el imperio. Bismarck conocía perfectamente todo el valor de su adversario Windthorst, y sabía qué difícil era sorprenderle; por eso procuró prescindir de él y ensayó el medio de, á espaldas suyas, concertar directamente

<sup>1</sup> Mons. Masella ha muerto en Roma en el último mes de Noviembre.

con Roma una paz que le permitiese seguir con más seguridad combatiendo, aunque solapadamente, al Catolicismo, bajo las apariencias de respeto y consideración á la Iglesia, porque creía más fácil sorprender la buena fe de la corte pontificia que engañar á la Pequeña Excelencia. Pero esas negociaciones fracasaron, y á pesar de la buena acogida que Bismarck dispensó al nuncio, se obstinó en conservar, aunque con ciertas reservas, el espíritu de las leyes de Mayo, que Roma no podía aceptar.

Bismarck no había conseguido destrozár á los católicos con la acometida del león, y quería probar la astucia de la serpiente para adormecerlos y aniquilarlos; por eso desistió de continuar por el camino de la persecución violenta, para emprender el de una persecución disimulada y mansa, con la que esperaba obtener mejores resultados.

Esa nueva dirección hacia la paz aparente la inició Bismarck con gran astucia, restableciendo á algunos obispos en sus diócesis, satisfaciendo en ellas las dotaciones eclesiásticas y levantando la prisión ó el destierro á muchos sacerdotes, y en 1882 hizo acreditar un representante de Prusia cerca de Su Santidad con objeto de concertar la paz religiosa que simulaba apetecer, y nombró para desempeñar esta misión á una persona de su completa confianza.

El Centro católico comprendió al punto cuál era el plan de su enemigo y procuró poner de manifiesto sus intenciones, para lo cual pidió la revisión de las leyes de Mayo. Entonces fué cuando Windthorst se colocó á una altura envidiable y